

## El tío Remus empieza a contar

Esa misma tarde, la señora a quien el tío Remus llamaba Miss Sally no encontraba a su hijo de siete años. Lo había buscado por toda la casa y en el patio, hasta que oyó voces en la cabaña del tío Remus. Se asomó a la ventana y vio al chico sentado junto al anciano. Su cabeza descansaba en el brazo del viejo, y miraba con el más intenso interés la áspera cara curtida que con tanta simpatía se inclinaba hacia él. ¿Quieren saber lo que Miss Sally escuchó?



–¿No tendrás algunas naranjas amargas, hermano Zorro? –preguntó–. Es que no puedo comer pollo si no está condimentado con jugo de naranjas.

Así habló el hermano Conejo y después dio un salto desde la puerta, esquivó los arbustos y se sentó en la huerta sin dejar de mirar al zorro. Pero, ¿qué iba a esperar? En cuanto vio que el hermano Zorro salía de la casa para agarrarlo, Conejo escapó a toda velocidad.

Eso hizo, sí, señor.

–¡Hermano Zorro, hermano Zorro! –gritaba el conejo mientras corría–. Aquí veo, en el árbol, las naranjas amargas. ¡Sería bueno que vinieras a a buscarlas mientras están frescas!

El hermano Conejo se alejó de la casa del Zorro patitas para que te quiero.

Y el zorro todavía no lo atrapó, y, te digo la verdad, nunca lo hará. No, señor, nunca lo hará.





—¿Cómo estás hoy? —preguntó el hermano Conejo.  
El zorro se hizo el desentendido y siguió oculto. El bebé de alquitrán no dijo nada. Hay que ver lo que hizo: no dijo nada.  
—¿Cuál es tu problema? ¿No oyes bien? Porque, si no me escuchas, puedo gritar —dijo el conejo.  
El bebé de alquitrán ni se movió. Y el hermano Zorro se ocultó. Sí, señor, se ocultó.  
—¿Estás haciéndote el indiferente?, ¿qué te pasa? ¿Te crees demasiado bueno como para hablar conmigo? Yo te voy a curar, eso es lo que voy a hacer —dijo el hermano Conejo.

¿Te crees demasiado bueno como para hablar conmigo?